

en suma, la originalidad propia de ambos hermanos en su género, originalidad vagamente percibida por los espectadores, llamaron la atención, sin que por eso aprendiesen los distraídos parisienses el nombre de ambos acróbatas.

Al hablar de Juan y Nelo, solían decir:—Esos dos, esos que tienen nombre italiano.—Disfrutaban una especie de anónima celebridad; ni más, ni menos. Y sin embargo, eran autores y actores de poemitas gimnásticas de novísima invención. Narremos el libreto de una de aquellas caprichosas creaciones, que todavía recuerda el Circo.



## XXXVIII

Dormía Juan tendido en el suelo, á favor de la penumbra que derrama en el Circo el gas á media llave. De pronto, surgía Nelo envuelto en azul vapor, figurando en tan poética escena uno de esos duendecillos ma-

léficos, uno de esos traviosos espíritus, moradores de los países montañosos y lacustres. Vestía de colores de humo, tenebrosos, que reverberaban sombríamente como los metales ocultos en las entrañas de la tierra, como el nácar negro dormido en las profundidades oceánicas, y que, en el ambiente sin luz, agitan en sus alas las mariposas nocturnas.

A paso rápido y volante, sin hacer ruido, acercábase el duende al durmiente y empezaba á revolotear (digámoslo así) en torno suyo, por cima de su cuerpo, remedando con los balanceos, los leves roces, los giros de su sombría y flotante silueta, el descenso volteador de un mal sueño, que sale por la *puerta de ébano* á oprimir á un hombre dormido. Juan se movía y agitaba; se revolvió á impulsos de la obsesión, y el duende seguía mortificándole, echándole el aliento en la nuca, cosquilleándole en la cara con el enlutado crespón de las alitas que llevaba en codos y talones, gravitándole un momento sobre el epigastrio con el peso leve de su cuerpo sostenido en las muñecas, acurrucado en fantástica postura, hecho material imagen de la pesadilla.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Despertábase Juan y recorría con ojeada investigadora el circuito; pero ya había desaparecido el duende, ocultándose tras el cepo de árbol donde reposaba el durmiente su cabeza.

Volvió Juan á amodorrarse, y al punto se aparecía otra vez, sentado de un brinco sobre el cepo, el muequero duendecillo: desceñíase un violín y el arco, y esgrimiéndolo contra las cuerdas, arrancaba de tiempo en tiempo sonidos discordes, inclinándose sobre el rostro del dormido y estudiando sus contracciones con inefable gozo y malignas risitas ultraterrestres. De improviso la música se convertía en cencerreda, en el guirigay que, bajo la helada de las noches invernales, arman veinte gatos maullando y refunfuñando alrededor de una gata, sobre la cúspide de alguna desfondada barrica.

Mas ya Juan se lanzaba en seguimiento del músico, y comenzaba en la pista una carrera sorprendente: el ágil y malicioso espíritu burlaba la mano de Juan, ya próxima á asirle, saltando atrás de modo que se le escurría por cima de la cabeza, ó aplanándose de suerte que se le deslizaba

de entre las piernas: en suma, practicando todas las mañas y astucias del fugitivo. Cuando parecía que Juan iba á pillarlo de vez, desaparecía el duende formando una rueda, y por espacio de un minuto sólo se veía pasar y repasar la blanca suela de su calzado, acabando de desvanecer y marear los sentidos. Y así que Juan y el público trataban de averiguar qué había sido del diablejo, se le divisaba sentado con gran sosiego allá en la bóveda, á donde trepara con maravillosa agilidad; sentado, sí, burión é inmóvil.

Otra vez Juan se arrojaba á perseguir al duendecillo. Renovábase en el aire la corrida antes terrestre. Un doble sistema de trapecios, que iba de extremo á extremo del Circo, sujeto en las revueltas con cuerdas flojas y colgantes, oscilaba ya. Soltando el duende el primer trapecio, se lanzaba al vacío, proyectando en él muy á su gusto el lento y perezoso desarrollo de su cuerpo taciturno, donde la claridad nocturna de las lucernas bajo las cuales cruzaba, hacía rielar un minuto tonos de azufre y calcinada púrpura: y terminada su aérea evolución, alcanzaba el segundo trapecio, con

gentil movimiento de ascensión volante por medio de las manos. Dábale caza Juan; el duende corría varias veces alrededor del circo, y cuando llevaba delantera, se paraba un segundo sobre algún trapecio para arrancar á su violín rechinamiento irónico. Al fin le pillaba Juan, y ambos, soltando el trapecio, se dejaban caer abrazados, en un *salto hondo*: género de caída á que nadie se había atrevido sino ellos.

Sobre el terreno de la pista se trababa entre Juan y el duende una lucha cuerpo á cuerpo, en que el aparente esfuerzo y vigor desplegado para desasirse ó derribar al adversario no era en realidad sino nudos, enlaces y desates graciosos, combate en que el duende, al lucir con elegantes y ondulosas posturas su desarrollo muscular, realizaba las actitudes que buscan los pintores cuando pretenden representar la pelea física de los seres sobrenaturales con el hombre.

Al fin caía por tierra el duende y allí se quedaba atónito, presa de la humillación profunda que hace al vencido esclavo del vencedor. Entonces Juan, á su vez, se desceñía el violín, y le arrancaba mágicos

sones, blandos y tiernos, donde se filtraba la bondad de un alma humana en horas de perdón y clemencia. A medida que Juan tocaba, iba el duende enderezándose poco á poco y acercándose á la música, con embeleso que ostensiblemente se le apoderaba de los miembros, revelándose en la actitud.

Levantábase el duende de súbito, y como si su cuerpo se hallase bajo el influjo de un exorcismo capaz de libertar á los energúmenos del espíritu infernal,—pero sin ofrecer á la vista nada feo ni repulsivo,—se le veía retorcerse, contraerse, desfigurarse. Presentaba turgencias y depresiones terroríficas, imposibles para la anatomía humana. En sus carnes inmóviles se hundían los lomos, se acentuaban los omoplatos, el espinazo parecía trasladarse de la espalda al pecho y se arqueaba formando un buche de ave zancuda, procedente de algún desconocido planeta; y en los miembros del duende se notaban esas repentinas corrientes de vida muscular, que en momentos dados hinchaban la piel lacia y fofa de las culebras. El público advertía y entendía bien que el áptero revoloteo, el rastrear de oruga propio de los animales malditos en

las fabulosas leyendas, el elemento bestial, en suma, se evaporaba, salía conjurado del cuerpo del duende, y éste, con rápida sucesión de académicas posturas, ostentaba en sus gentiles formas, ya libres y dueñas de sí, gloriosa armonía de movimientos y actitudes humanas, semejantes á las de las estatuas del clasicismo.

Y asiendo su violín, cuando ya el gas brillaba en todo su esplendor anunciando al público que las visiones y los turbios ensueños nocturnos eran pasados y el sol lucía nuevamente, el duende, acompañando á Juan, tocaba en su instrumento, cuyo acre hechizo se disipara, un trozo semejante á la sinfonía murmuradora de fresca mañana estival, algo análogo al surtir y corretear melodioso de manantialillos entre raíces de añosos árboles, unido con la charla suave, apagada por el pedal celeste, de las florecillas húmedas de rocío conversando con el rayo de sol, que calma la sed en sus húmedos labios.





XXXIX

Eran franceses de verdad, franceses netos, ambos hijos de Tomás Bescapé y Estefanía Rudak. Tenían francés el temperamento, el modo de pensar, y hasta el patriotismo. De su oriundez extranjera y ascendencia bohemia, sólo les restaba una curiosa circunstancia. En las naciones civilizadas, el ensueño poético, el don y facultad de idealización amorosa y tierna, ese *humus* difuso y flotante que anda rodando por el fluido cerebro de las literaturas, no existe sino en lo más alto, y salvo contadas excepciones, es privilegio y herencia de las clases superiores y educadas. Pues los dos herma-

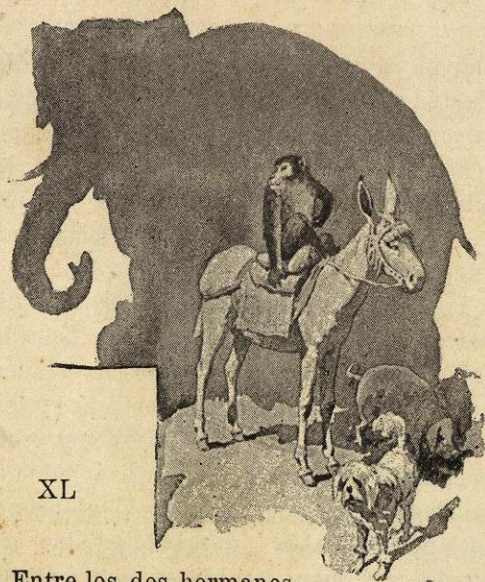
nos, con ser legos, habían heredado la condición ensoñadora, contemplativa y, para decirlo de una vez, literaria, propia de las clases inferiores en los pueblos que aún permanecen incultos, en esta Europa donde tanto pululan hoy los maestros de escuela; y á menudo Nelo y Juan, gentes plebeyas, sentían brotar de su alma el lírico éxtasis, que enseña al más miserable é ignaro *zingaro* á bordar las variaciones que su violín dirige á las copas de los árboles, á los astros de la noche, á las mañanas argentinas, á las doradas siestas.

Versados ambos en el magnético idioma de la Naturaleza, idioma con que habla mudamente, día y noche, á las organizaciones refinadas, á los entendimientos selectos, Juan y Nelo eran, sin embargo muy diferentes entre sí.

En el mayor, las aptitudes *reflectoras* y la tendencia á la meditación, propia de su organismo sobrecitado por singular actividad cerebral, se consagraban enteramente, dentro de su profesión de vigor y destreza física, á la invención abstracta de concepciones gimnásticas, por lo común irrealizables; á la creación de sueños acrobáticos,

payasescos, en la práctica imposibles; á la génesis de milagros, por decirlo así, impuestos á los nervios y músculos de un cuerpo humano. Hasta en la realización material de sus ejercicios, Juan concedía mucha parte á la reflexión y á la inteligencia. Su máxima favorita era que para *limar* un ejercicio se requiere un cuarto de hora de trabajo... y tres cuartos de hora de meditación.

El pequeño, ignorante por gusto y pereza, y cuya instrucción primaria se reducía á la charla incesante, sin ilación ni método, de su padre Bescapé, mientras subían al paso las cuestas detrás de la caravana; el pequeño, que era más holgazán intelectualmente que Juan, y columpiaba más la fantasía en el azul espacio;—en una palabra, más gitano vagabundo por montes y valles y por ende más poeta;—el pequeño vivía en una especie de soñolencia venturosa, risueña, sensual en cierto modo, que interrumpían de repente ideas burlonas, chispazos de tierno júbilo, locas excentricidades. Y estas aptitudes hacían de Nelo el natural corrector, el bordador, el artífice de las filigranas, el adornista y decorador de las creaciones practicables de su hermano.



XL

Entre los dos hermanos y los gimnastas y amazonas del Circo se trabaron presto amistosas relaciones, comercio que rebosaba afectuoso compañerismo. En este género de profesiones, suele el riesgo mortal de los ejercicios acallar las envidias consuetudinarias en el mundo teatral, y sobre todo en la escena lírica: el peligro une á los artistas, expuestos á matarse cada noche, con un género de fraternidad militar que casi raya en la afectuosa é íntima convivencia,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ROJAS"  
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mano á mano, de los soldados en campaña. Fuerza es añadir que si en alguno pudiesen quedar rastros de las envidias y malquerencias de la vida de titiriteros, resabios del miserable ayer, todo lo dulcifica la holgura, la consideración, el conato de gloria de su existencia actual.

Por otra parte, ¿cómo no habían de agradar los dos hermanos á las gentes del Circo? Atesoraba el mayor serias cualidades, que hacían de él un compañero franco y servicial, y además, atraía su grave rostro, un poco triste, iluminado por sonrisa dulce y bondadosa. El pequeño, desde el primer instante, los había engatusado á todos con su viveza y buena sombra, su festiva charla de pilluelo, su prurito de hacer rabiarse á las gentes en forma cariñosa, y el bullicio, animación y estrépito con que los distraía en horas de desaliento y fastidio; con la seducción indefinible que ejerce un ser lindo, amable y lleno de vida sobre las personas abrumadas de cuidados, y con el hechizo, capaz de desarrugar el más fruncido ceño, que desde la niñez poseía.



## XLI

Entusiastas ambos por su profesión, los dos hermanos gozaban en las noches del Circo, del de Verano sobre todo. Encontrábanse á gusto en la vasta cuadra forrada de madera de encina, con calados herrajes y *box* coronadas de gruesas piñas de cobre; de ligera y metálica arquitectura, reflejada por el gas de las doradas lucernas en los dos altos espejos del testero, y que parecía prolongarse hasta lo infinito; en la cuadra estrepitosa del ruido de las cadenillas que sujetaban á sesenta caballos, toda llena de los altivos relámpagos de sus ojos, que surgían de entre las removidas mantas á cua-



ros pardos y amarillentos. Hasta el ver por los rincones, amontonados, objetos familiares y amigos. grandes escalas pintadas de blanco, X para bailar en la cuerda floja, oriflamas, banderolas, aros de papel rizado, el cochecillo rojo que sirve para recoger al cuadrúpedo que trota con dos patas no más, el trineo en forma de cigarrón, los múltiples accesorios del variado espectáculo, que se columbran al través de puertas de almacén mal cerradas, en su oscuridad y su réverberación de calidoscopio—divertía á los hermanos, y con renovado placer los veían todas las noches, como veían el gran pilón de piedra, donde el agua caía gota á gota con cadencioso *pschit*, y el reloj cuyas horas dormían en la caja de palo colgada sobre la puerta.

Entre golpear de cascos y relinchos, encontraban los dos hermanos en semejante lugar la vida, animación y distracción de los bastidores de un teatro. Aquí, bajo el marquillo negro sin cristal, que encierra escrito en una hoja de papel de cartas el programa de la representación, un *gentleman rider*, con la mano apoyada en la valla de la cuadra, y sujetando contra sus espaldas

un *stick*, se inclina hacia un grupo de mujeres—muy empaquetadas, al cuello toquillas de seda azul que se esparcen sobre los hombros—y departe con ellas. Allí dos chiquillas despeinadas, el pelo remangado por moñas de cintas color cereza, y cuyos abrigos, de hechura de túnica hebrea, dejan ver, al entreabrirse, fragmentos de traje de punto. A su lado un hombre con chaleco grana pinta el casco de un caballo. Hacia el fondo, cuatro ó cinco payasos, formando círculo y serios como difuntos, se entretienen, saludándose, en cubrirse la cabeza uno tras otro con un chapeo negro, el cual recorre, deteniéndose un segundo en cada una, todas las pelucas con tupé, sin que para echárselo necesitan más que un meneillo rápido, una proyección del cuello. Algo más allá, una vieja, contemporánea de Franconi padre, hace su visita cotidiana á los caballos, hablandoles, halagándoles con la mano seca y rugosa, mientras á su lado un gimnasta en miniatura, de un lustro de edad, muere de una naranja que le han arrojado. En la revuelta del pasillo interior, una amazona, terminado su trabajo, se envuelve en un

pañolón escocés y encaja sus zapatos de raso blanco dentro de babuchas turcas, mientras en la contraria revuelta, entre jóvenes picadores de planchadas tirillas y ensortijado pelo con raya al medio, el picador payaso, de rojo peluquin y nariz teñida de colorete, chapurrea alemán con los mozos de cuadra, flacos, de caras esculpidas en boj y ojos incoloros como el agua. Por último, cerca ya del gran vano, contra la cortina que por momentos cruzan los aplausos del público, hay quien se dedica á montar, sobre ensillados perros, monos á cuyas orejas van sujetos tricornos de guardias civiles.

Sobre estos rápidos cuadros, sobre el continuo vaivén del gentío inundado de gas, sobre este reino del talco, oropel, relumbrones y pintarrajeados rostros, juega la luz con extraña y encantadora coquetería. Momentos hay en que, por la camisa encañonada de un equilibrista, culebrea una cascada de lentejuelas que remeda fuegos artificiales. Bajo el tejido de elástica seda, piernas se ven cuyas turgencias y depresiones adquieren la blancura y el tono violáceo de una rosa que el sol hiere por un

lado no más. En la faz de un payaso, bañada de claridad, la harina que lo empolva produce la tersura, la regularidad y casi el agudo corte de un rostro de piedra.

A cada instante interrumpe los grupos, los diálogos, los preparativos de habilidades, los coloquios hípicas ó amorosos, la salida ó el impetuoso regreso de un caballo, tendida la crin. Y siempre, sin un minuto de interrupción, en el pasillo donde se junta el personal del Circo, especie de vomitorio por cuya boca se derrama y esparce en la pista cuanto guarda en sus almacenes y depósitos el teatro ecuestre y payasesco, prosigue el ir y venir de los *practicables*, de los inmensos tablados que figuran la superficie helada de un lago, de carros, coches, mobiliario de pantomimas, jaulas de animales feroces, brincos de payasos, cabriolas de amazonas aplaudidas, osos de tardo andar que parece que cucharean, ciervos asustados, garañones terribles, rebaños de perros de aguas de vibrante cola, saltarines kanguros, manadas de gesticuladores cuadrumanos, dúos de juguetones elefantes nuevos: toda la animalidad que la humana destreza asocia á sus ejercicios.



XLII

En la cuadra, y entre los bastidores del Circo, Nelo experimentaba una sensación muy particular.

Desde que acababa de arreglarse con el blanquete una faz de estatua donde sólo vi-

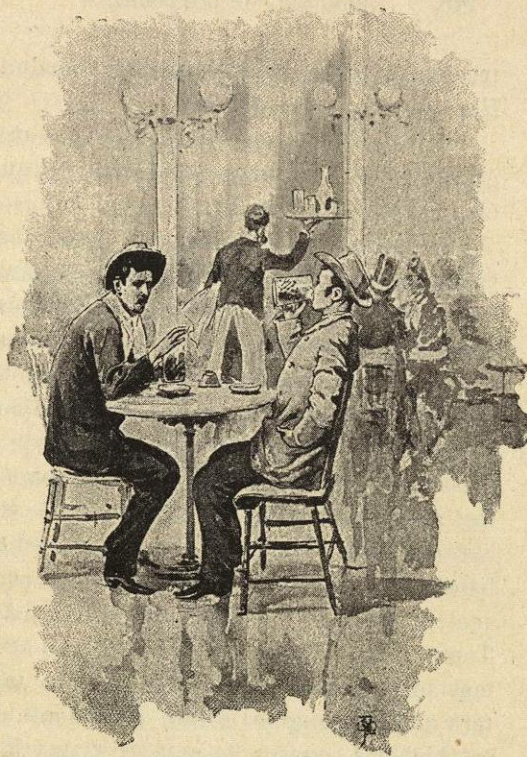
vía la animación de la pupila entre párpados como enrojecidos por frío riguroso; desde que se encasquetaba la piramidal peluca y se echaba á cuestras los trajes discuti- rridos por él mismo, sobre cuya seda, de color bajo, gustaba de aplicar con engañoso realce, ya colosal araña, ya un mochuelo de áureos ojos, ya una bandada de calvos murciélagos, con otras bestezuelas hijas de la Noche y del Ensueño, que no dibujaban sobre la tela más que negras sombras y siluetas macabras;—desde entonces, digo, así que el gran espejo de la cuadro le devolvía dos ó tres veces su otro yo nocturno, una vida nueva, distinta de la que vivía por las mañanas, una vida fantástica, le corría en cierto modo por las venas á Nelo. No llegaba hasta sentirse metamorfoseado, transformado en hombre estatua del país sub lunar cuya librea vestía; tanto como eso, no; pero realmente, en su interior se producían anormales fenómenos. El payaso enharinado, de visionario traje, sentía en sí cierta seriedad, que, hasta cuando trabajaba en farsas saines- tescas, imprimía á la representación carácter ensoñador, análogo á una expansión de alegría suspendida é interrumpida repenti-

namente por un no sé qué indefinible. Su voz no sonaba con el mismo eco que acostumbraba sonar en la vida ordinaria; timbrábase un tantico con la nota grave que en un lento hablar posee la voz de la emoción humana. Sus ademanes adquirían, sin pretenderlo él, tinte funambulesco, y hasta cuando no estaba en escena, y para los actos más vulgares y sencillos, sentía curvársele los miembros formando arabescos estrafalarios. Más aún: al hallarse solo, sentíase impulsado á gesticular como los alucinados y sonámbulos, realizando esas acciones que la fisiología llama *movimientos simbólicos*: ademanes no enteramente dependientes de la voluntad. De súbito sin causa ni objeto, entreteníase en proyectar sobre la pared, alumbrada por un quinqué del desierto corredor, la sombra chinesca de los dedos de su contraída mano; y se divertía mucho rato con verlos danzar, vueltos garras, sobre el muro, todo ello sin motivo, para solazarse únicamente, cual si su cuerpo obedeciese al impulso de corrientes magnéticas irregulares y fuerzas capricantes de la naturaleza.

Luego, poquito á poco, en un estado de

vaguedad y exaltación reunidas, lo mismo que si en torno suyo se borrara levemente la realidad ó se adormeciese su pensamiento diurno, llegaba á no quedar en la cabeza del payaso, ya semejante á aquella cabeza hueca de donde una mano va sacando las ideas con cucharilla, otra cosa más que el reflejo de su blanco rostro, que los espejos copiaban, las figuras de monstruos que veía sobre su traje, amén del murmurio, que en los oídos le zumbaba, de la música diabólica de su violín.

Y este estado indefinible, de heterogéneas y fugaces sensaciones, era para Nelo muy dulce; y pegado á su hermano, que permanecía siempre cabizbajo y siempre arañando el suelo con un palitroque, Nelo se estaba cruzado de brazos, reclinada en la pared la cabeza, la fisonomía como extáticamente dilatada, con pálida sonrisa de arlequín sobre el rostro blanco, inmóvil, como si pidiese de favor que no le interrumpiesen el dulce, risueño y peregrino embuste de su existencia en el Circo.



## XLIII

—No, éste no es el busilis tras de que andamos...; aguádate, atiende...; cuando llegues á eso, te levanto de un puntapié en el